

EL ESTANDARTE CATÓLICO

DIARIO TRADICIONALISTA

Órgano oficial de la Junta del Distrito

Año IX

Tortosa Lunes 6 Noviembre 1899

Núm. 2520

ESPERANDO

Casi todos en España estaban esperando, con más o menos impaciencia, a que se abriesen de nuevo las actuales Cortes.

Pero no porque de ellas se espere el remedio de nuestras desgracias nacionales, ni algo elevado y digno del pueblo español, sino para solazarse y ver los derroteros que toma el gobierno del Sr. Silvela en los conflictos que le rodean y amenazan su existencia.

Los ministros y porta-estandartes de la situación, hace días vienen preparando su programa y discursos económicos para salir al encuentro de los obstáculos que la oposición ha de presentar.

Las minorías, ya unidas, ya separadas, se aprestan a luchar con denuedo contra los planes de la mayoría, para entorpecer sus gestiones, proporcionarle graves disgustos, y si es posible, desbaratarla, a fin de obligar al gobierno conservador, a que desaloje las doradas alturas del Presupuesto.

La alta sociedad madrileña, no puede ocultar su regocijo; está ya saboreando los filigranados discursos y las resaladas ocurrencias que han de oírse, sobre todo en la Cámara popular, donde tienen asiento los «mejores» oradores en el arte de perder lastimosamente el tiempo y undir en el fango el honor de la católica España.

Los periodistas, así los de la grande como pequeña información van a pasar una temporada como de veraniego, divertidos y descansados, llenando cuartillas de prosa morrocotudá unas veces, otras chavacana, y envenenada siempre, cogida al vuelo de nuestras celebridades parlamentarias.

Y los bonachones lectores de la prensa noticiosa se sienten ya felices, porque va a saciar todos

sus gustos y caprichos su periódico; con la relación de los disparates, agudezas y chismes de diverso color, que pronunciarán en el Parlamento los... Moraita, Blasco Ibáñez y demás compañeros.

Y, ¿por qué no decirlo? hasta los integros hemos estado esperando a que se abriesen las Cortes; mas no para aplaudir y vitorear a nuestros charlatanes políticos, sino para levantar acta de las barbaridades que profieren contra la Religión y la Patria.

Castillejo.

Protesta

De todos son conocidos los hechos vandálicos perpetrados en Castellón y otras ciudades por las masas revolucionarias, y como aquellos atropellos son para la demagogía señal de progreso, de civilización y que sé yo de cuantas excelencias.

A estas ciudades acuden, seguros de pisar tierra firme, los... Blasco Ibáñez (el estafante de los obreros, según la sociedad Tipográfica de Valencia) a despotricar contra la Religión y sus ministros, que es el tema obligado de todos sus discursos.

Pero si el abarraganamiento y la estupidez aplauden sus discursos fabricados en las fraguas infernales, no todo el campo es orégano, y en el pueblo de Villarreal, encontraron esos oradores la horma de su zapato, a su regreso de Castellón, con la magnífica protesta que los villarrealeses llevaron a cabo a presencia de los blasfemos.

Nondum matura sunt, dirá Blasco al escapar más que deprimía hacia su madriguera; este pueblo es repulsivo a la civilización moderna, me consta que añadió; y vomitó sobre los Religiosos y Sacerdotes que en él habitan su ponzoñosa baba tratándolos de ignorantes, de retrógrados y de *desmoralizadores*!! de la juventud.

¡El clero de Villarreal inmoral! A otra parte con este hueso, Blasco del demonio, pues en la Plana no te creará nadie, que conocidos son de todos sus habitantes el Clero y Religiosos de Villarreal por su profunda ciencia, íntegra doctrina,

apostólico celo y ejemplar conducta. Y esto mismo lo confirman los muchos estudiantes para sacerdote y los religiosos de ambos sexos, hijos de Villarreal; pues estas vocaciones fruto son del influjo que ejerce en la juventud villarreales la ciencia y virtud de sus sacerdotes.

Bien lo hicisteis con Blasco, queridos paisanos míos, y os felicito por ello.

Dionisio Nostrort.
Estudiante.

Tortosa 5 Noviembre 1899.

UN JOCKEY

(NARRACIÓN CONTEMPORÁNEA)

Allá en obscuro y casi olvidado pueblo de Inglaterra, nació entre una yegua vieja y un potro joven, madre é hijo que fueron únicos compañeros, y aún víctimas, de las travesuras de su infancia.

Su cuna fué un pesebre con algo de paja, que su madre tuvo que ahuecar para la criaturita no durmiera sobre las mismas tablas.

Creció con el tiempo aquel diminuto esbozo de hombre, y apenas aprendió a dar por sí solo los vacilantes pasos, primero por el seguro procedimiento de andar a gatas, y luego por el más complicado de trepar por los travesaños de la cuadra con pies y manos, lograba ya encaramarse a lomos del caballo é interrumpía su discurso taloneando en sus costillares con los blancos y desnudos piecicitos.

Heredó de su padre una robusta complexión y una estatura pequeña, únicas cosas que le dejó al morir, y aquellas prendas, junto con la temprana afición que demostraba, hicieron que desde luego se pensara en que fuera «jockey».

Corrió alguna vez con fortuna y ganó. Fijose en el espíritu de especulación; le secuestró y le hizo su esclavo para siempre. Desde entonces no se le permitió dormir más que cuatro horas, ni se le dejó comer más de media libra de carne, ni beber agua sin antes entibiársela, cociéndola en ella arrugadas hojas de te.

Del vacío pesebre en que durmió de niño, pasó a catre aún más duro, cercano al establo, y desde la miseria de su oficio primero, que consistía en preparar la cebada para los potros, fué a parir a la opulencia de un «jockey» de buena cuadra.

De ordinario vistieronle ceñidísima lana; en sus pies incrustaron unas espuelas; entre sus dedos un látigo; le hicieron amar el peligro y quedó convertido en miserable instrumento de aventurada, aunque ajena, ganancia.

Al propio tiempo que preparaba el «trañeure» al fiero caballo, le preparaba a él; su aspiración era unirlos, tan sólida, tan fuertemente, que la piel de la bestia, la silla y el jinete formasen un todo tan homogéneo como completo.

Viajaban en el mismo vagón «Celenio» y el «jockey»: comiendo sin cesar el caballo; los mejores piensos, mientras el que lo montaba padecía hambre y sed; vigilado, no fuera que por glotonería se diese un hartazgo que pudiera aumentar su peso en media libra. «Celenio» había ganado ya varias carreras. Su nombre era popular en casi toda la Europa, y el pomposo pseudónimo que su amo puso al «jockey», apenas era conocido por los más enterados en los asuntos del turf.

Anónimo colaborador del caballo; sus esfuerzos, su habilidad, aquella diestra mano con que sujetaba a «Celenio», guiando su fiero galope, aquella maestría con que en el supremo momento le obligaba a lanzarse en ligerísimo salto, ganando por palmas a la carrera, todo eso permanecía desconocido en la sombra; el caballo era el que ganaba la carrera, no el «jockey». Ni siquiera lograba el desgraciado mozo el aplauso de las mujeres, que allá en el fondo de su alma, no tan deformes como su cuerpo, quizá ambicionarán, porque su figura hacía que sólo le mirasen con la curiosidad despreciativa que puede inspirar un mono amaestrado.

Ni los suyos presenciaban aquellos triunfos.

Su madre no se atrevía a ir. Por fin pudo más que el miedo la curiosidad de ver a su hijo sobre el negrísimo caballo con el hermoso traje, y fué al hipódromo el último día de las carreras. ¡Con qué orgullo le enseñaba a todos!

Y precisamente aquel mismo día, al ir a saltar un obstáculo, tropezó «Celenio» y al rudísimo choque rodó el infeliz carrerista, y fué a dar de cabeza contra la valla; su traje azul manchóse de rojo.

Corrió la madre hacia su hijo llevando en el rostro la ansiedad y el dolor, mientras que el amo que no tenía ojos más que para el caballo, lamentaba, casi llorando, la pérdida de «Celenio»; que temblando, sudoroso, con las pupilas inyectadas, se alzó y quiso correr; mas el dolor de la patá rota le hizo caer de nuevo resoplado.